

Massena, su principal lugarteniente, para que descargara el golpe mortal sobre el ejército de Inglaterra; y conociendo en el estremecimiento del continente que era menester conservar fuerzas imponentes en el Norte, formaba una gran reunión de soldados junto al Elba; no dedicaba ya de resultas más que fuerzas insuficientes á España; dejaba que Massena, por no ser socorrido, perdiera parte de su gloria; permitía que desde un lugar ignorado como Torres-Vedras surgiese una esperanza para la Europa exasperada, y se levantase un capitán fatal para él y para nosotros. Luego, no consintiendo que Rusia, envalentonada por las distancias, pudiera oponer algunas objeciones á sus miras, trasladaba súbito sus ideas, sus fuerzas, su genio al Norte, para acabar allí la guerra con uno de aquellos grandes golpes á que había acostumbrado al mundo, y acostumbrado mucho más su alma, dejando así lo cierto, que hubiera podido conseguir junto al Tajo, por lo dudoso, que iba á buscar entre el Dnieper y el Dwina, ¡Véase en lo que pararon los designios en este César, soñando un momento de ser Augusto! Y ahora se adelantaba hacia

el Norte, dejando detrás á Francia agotada y disgustada de una gloria sangrienta, á las almas piadosas ofendidas por su tiranía religiosa, á las almas independientes por su tiranía política, y últimamente á Europa sublevada contra el yugo extranjero que hacía pesar sobre ella; y llevaba consigo un ejército donde fermentaban sordamente la mayor parte de estos sentimientos, donde se entendían todas las lenguas, y que no tenía más vínculo que el de su genio y el de su prosperidad invariable hasta entonces. ¿Qué sería á tales distancias de aquel prodigioso artificio de un ejército de seiscientos mil soldados de todas las naciones, siguiendo á una estrella, si esta estrella que seguían llegaba á palidecer de repente? Por desgracia el universo lo ha sabido, y para no olvidarlo nunca; mas para su instrucción conviene enseñarle con el pormenor mismo de los sucesos lo que no ha sabido más que por el rumor de una caída espantosa. Vamos á engolfarnos en este doloroso y heroico relato: gloria la hallaremos á cada paso; pero ¡ay! á la ventura es fuerza renunciar más allá del Niemen.

## LIBRO CUADRAGÉSIMO CUARTO

### MOSCOU

Prepárase Napoleón á marchar sobre Wilna. — Sus disposiciones en Kowno para asegurar la posesión de esta ciudad y hacer que fuera allí á parar su línea de navegación. — Movimiento de los diversos cuerpos del ejército francés. — Al aproximarse á Wilna encuentra á Mr. de Balachoff, enviado por el emperador Alejandro con el fin de hacer la última tentativa de avenimiento. — Razones que provocaron este paso. — El emperador Alejandro y su estado mayor. — Opiniones reinantes en Rusia acerca del modo de conducir esta guerra. — Sistema de retirada á lo interior propuesto por el general Pfuhl. — Sentimiento de los generales Barclay de Tolly y Bagratión con motivo de este sistema. — Al saber Alejandro la llegada de los franceses, se decide á retirarse junto al Dwina al campamento de Drisa, y á dirigir al príncipe de Bagratión sobre el Dnieper con el segundo ejército ruso. — Entrada de los franceses en Wilna. — Tempestades de verano durante la marcha del ejército á este punto. — Primeros padecimientos. — Desde el principio de la campaña contraen muchos hombres la costumbre del mordeo. — Por la dificultad de las marchas y de los aprovisionamientos se determina Napoleón á detenerse en Wilna. — Inconvenientes de hacer este alto. — Mientras Napoleón se detiene para juntar sus hombres desbandados y dar tiempo á que lleguen sus convoyes, envía al mariscal Davout hacia su derecha, con el fin de perseguir al príncipe Bagratión, separado del principal ejército ruso. — Organización del gobierno lituano. — Creación de almacenes, construcción de hornos, establecimiento de una policía en los caminos. — Entrevista de Napoleón y de Mr. de Balachoff. — Lenguaje inoportuno usado con este personaje. — Operaciones del mariscal Davout á la derecha de Napoleón. — Peligro á que se hallan expuestas muchas columnas rusas, separadas del principal cuerpo de su ejército. — Logra salvarse la columna del general Doctoroff, y son rechazadas las demás sobre el príncipe Bagratión. — Atrevida marcha del mariscal Davout hacia Minks. — Hallándose delante del ejército de Bagratión, dos ó tres veces más fuerte que las tropas que manda, pide este mariscal refuerzos. — Napoleón, que medita el proyecto de lanzarse sobre Barclay de Tolly con la mayor parte de sus fuerzas, niega á Davout los socorros necesarios, y cree suplirlos acelerando la reunión del rey Jerónimo á este mariscal. — Marcha del rey Jerónimo desde Grodino á Neswij. — Sus lentitudes involuntarias. — Le pone Napoleón bajo las órdenes del mariscal Davout para mostrar su desagrado. — Ofendido este príncipe, abandona el ejército. — Pérdida de muchos días, durante los cuales el príncipe de Bagratión logra salvarse. — Corre el mariscal Davout á perseguirle. — Hermoso combate de Mohilew. — Aunque batido, consigue Bagratión retirarse más allá del Dnieper. — Ocupaciones de Napoleón durante los movimientos del mariscal Davout. — Después de organizar sus medios de subsistencia, y de dejar en Wilna gran parte de sus convoyes de artillería y de víveres, se dispone á marchar contra el principal ejército ruso de Barclay de Tolly. — Insurrección de la Polonia. — Recibimiento hecho á los diputados polacos. — Lenguaje reservado con que Napoleón les habla, y motivos de esta reserva. — Partida de Napoleón para Gloubokoe. — Magnífico plan consistente en caer sobre Barclay de Tolly, después de lanzar á Davout y á Jerónimo sobre Bagratión, por un movimiento de izquierda á derecha, para rebasar á los rusos y cogerlos por la espalda. — Marcha de todos los cuerpos del ejército francés, desfilando por delante del campamento de Drisa, para trasladarse á Polotsk y Vitebsk. — Los rusos en el campamento de Drisa. — Sublevación de su estado mayor contra el plan de campaña atribuido al general Pfuhl, y presión ejercida sobre el emperador Alejandro para obligarle á que se alejara el ejército. — Este resuelve dirigirse á Moscou. — Barclay de Tolly evacúa el campamento de Drisa, y se traslada á Vitebsk marchando por el otro lado del Dwina, con el fin de juntarse á Bagratión. — Napoleón se esfuerza por tomarle la delantera en Vitebsk. — Brillante serie de combates delante y más allá de Ostrowno. — Audaz bravura del ejército francés y tesón del ejército ruso. — Por un momento se espera una batalla, mas los rusos desaparecen para tomar posición entre Vitebsk y Esmolensko y juntarse al príncipe Bagratión. — Descaecimiento producido por los excesivos calores, cansancio de las tropas, nueva pérdida de hombres y de caballos. — No pudiendo Napoleón llegar á Esmolensko antes que Barclay de Tolly, y desesperando de impedir que se una á Bagratión, se resuelve á hacer un nuevo alto de quince días, para allegar los hombres rezagados y los convoyes de artillería y dejar que pasen los grandes calores. — Su establecimiento en Vitebsk. — Sus acontecimientos en derredor de esta ciudad. — Sus desvelos por su ejército ya reducido de cuatrocientos mil á doscientos cincuenta y seis mil hombres desde el paso del Niemen. — Operaciones en el ala izquierda. — Los mariscales Macdonald y Oudinot, encargados de operar junto al Dwina, deben de bloquear á Riga el uno y de apoderarse de Polotsk el otro. — Ventajas obtenidas en los días 29 de julio y 1.º de agosto por el mariscal Oudinot sobre el conde de Wittgenstein. — Con el fin de proporcionar algún descanso á los bávaros, arruinados por la disentería, y de reforzar al mariscal Oudinot, los dirige Napoleón á Polotsk. — Operaciones en el ala derecha. — Después de incorporarse á Napoleón, el mariscal Davout y parte de las tropas del rey Jerónimo, encarga al general Regnier con los sajones y el príncipe de Schwartzenberg con los austriacos guardar el curso inferior del Dnieper y hacer frente al general Tormazoff, que ocupa la Volhynia con cuarenta mil hombres. — Después de adoptar estas disposiciones y conceder algo de reposo á sus soldados, vuelve Napoleón á emprender las operaciones ofensivas contra el gran ejército ruso, compuesto ya de las tropas reunidas de Barclay de Tolly y de Bagratión. — Excelente marcha de izquierda á derecha delante del ejército enemigo para pasar el Dnieper más abajo de Esmolensko, sorprender esta ciudad, coger de revés á los rusos, y arrinconarlos sobre el Dwina. — Mientras Napoleón operaba contra los rusos, éstos pensaban en tomar la iniciativa. — Desconcertados por los movimientos de Napoleón y descubriendo el peligro de Esmolensko, se repliegan sobre esta ciudad con ánimo de socorrerla. — Marcha de los franceses sobre Esmolensko. — Brillante combate de Krasnoe. — Llegada de los franceses delante de Esmolensko. — Inmensa reunión de hombres en torno de esta ciudad desventurada. — Ataque y toma de Esmolensko por Ney y Davout. — Retirada de los rusos sobre Dorogobouga. — Encuentro del mariscal Ney con parte de la retaguardia rusa. — Sangriento combate de Valoutina. — Muerte del general Gudín. — Pesadumbre de Napoleón al ver fracasar una tras otra las más felices combinaciones que jamás hubo imaginado. — Dificultades del terreno y poco favor de la fortuna en esta campaña. — Gran cuestión relativa á determinar si conviene detenerse en Esmolensko, para invernar en la Lituania, ó marchar adelante para precaver los peligros políticos que podían emanar de una guerra prolongada. — Razones en pro y en contra. — Mientras delibera Napoleón, sabe que el general Saint-Cyr, reemplazando al mariscal Oudinot herido, ha ganado una batalla el 18 de agosto sobre el ejército de Wittgenstein en Polotsk; que los generales Schwartzenberg y Reynier, después de diversas alternativas, han ganado otra batalla el 12 de agosto en Gorodeczna sobre el ejér-

cito de Volhynia, que el mariscal Davout y Murat, persiguiendo al gran ejército ruso, le han hallado en Dorogobouga, con apariencias de querer venir á las manos. — Al saber esta última noticia parte Napoleón de Esmolensko con el resto del ejército á fin de terminarlo todo en una gran batalla. — Su llegada á Dorogobouga. — Retirada del ejército ruso, cuyos jefes divididos fluctúan entre la idea de combatir ó de retirarse, destruyéndolo todo á su paso. — Su marcha sobre Wiasma. — Juzgando Napoleón que van al cabo á dar batalla, y esperando decidir en una jornada la suerte de la guerra, se da á perseguirlos, y resuelve así la gran cuestión que tenía su espíritu como en suspenso. — Órdenes á sus alas y á su retaguardia durante la marcha que proyecta. — Para cubrir la retaguardia del ejército se traslada el 9.º cuerpo, á las órdenes del mariscal Víctor, de Berlín á Wilna; le reemplaza en Berlín el II á las órdenes del mariscal Augereau. — Marcha del gran ejército sobre Wiasma. — Aspecto de Rusia. — Numerosos incendios prendidos por mano de los rusos en todo el camino desde Esmolensko á Moscou. — Exaltación del espíritu público en Rusia, é irritación, tanto entre el ejército como entre el pueblo, contra el plan reducido á retirarse destruyéndolo todo delante de los franceses. — Impopularidad de Barclay de Tolly, acusado como autor ó ejecutor de este sistema, y envío del veterano general Kutusoff para reemplazarle. — Carácter de Kutusoff y su llegada al ejército. — Aunque inclinado al sistema defensivo, se determina á presentar batalla delante de Moscou. — Elección del campo de batalla de Borodino á orillas del Moskowa. — Marcha del ejército francés de Wiasma á Ghjat. — Algunos días de mal tiempo hacen titubear á Napoleón entre el proyecto de retroceder y el de perseguir al ejército ruso. — Vuelto el buen tiempo, se decide, á pesar del dictamen de los principales jefes del ejército, á continuar su marcha ofensiva. — Llega el 5 de septiembre á la vasta llanura de Borodino. — Toma del reducto de Schwaridino el 5 de septiembre por la noche. — Descanso del 6 de septiembre. — Preparativos de la gran batalla. — Proposición del mariscal Davout para rebasar al ejército ruso por su izquierda. — Causas por las cuales esta proposición es desechada. — Plan de ataque directo, consistente en tomar á viva fuerza los reductos que sirven á los rusos de apoyo. — Espíritu militar de los franceses, espíritu religioso de los rusos. — Memorable batalla del Moskowa, dada el 7 de septiembre de 1812. — Cerca de sesenta mil hombres quedan fuera de combate de los rusos, y treinta mil de los franceses. — Espectáculo horrible. — Por qué no fué decisiva la batalla á pesar de lo mortífera para los rusos y de haberla perdido del todo. — Se retiran los rusos á Moscou. — Les persiguen los franceses. — Consejo de guerra celebrado por los generales rusos para determinar si se da nueva batalla ó se abandona Moscou á los franceses. — Kutusoff se decide á abandonar á Moscou, cruzando por medio de la ciudad y retirándose por el camino de Riazán. — Desesperación del gobernador Rostopchín y sus preparativos secretos de incendio. — Llegada de los franceses delante de Moscou. — Soberbio aspecto de esta capital, y entusiasmo de nuestros soldados al descubrirla desde las alturas de Worobiewo. — Entrada en Moscou el 14 de septiembre. — Algunos indicios de fuego en la noche del 15 al 16. — Horroroso incendio de esta capital. — Se ve obligado Napoleón á abandonar el Kremlin para retirarse al palacio de Petrowskoie. — Dolor que el desastre de Moscou le causa. — Ve en él una resolución desesperada que excluye toda idea de paz. — Es dominado el incendio al cabo de cinco días. — Aspecto de Moscou después del incendio. — Quedan destruidas las cuatro quintas partes de la ciudad. — Inmensa cantidad de víveres hallada en los sótanos, y formación de almacenes para el ejército. — Pensamientos que agitan á Napoleón en Moscou. — Conoce el peligro de detenerse en aquel punto y desearía por medio de una marcha oblicua hacia el Norte, unirse á los mariscales Víctor, Saint-Cyr y Macdonald delante del Dwina, para resolver el doble problema de aproximarse á Polonia y de amenazar á San Petersburgo. — Mala acogida que halla esta concepción profunda entre sus lugartenientes y fundadas objeciones sobre el estado del ejército ya reducido á cien mil hombres. — Mientras Napoleón vacila, se percibe de que el ejército ruso ha desaparecido y tomado posición á su flanco derecho hacia el camino de Kalouga. — Murat enviado á perseguirle. — Los rusos establecidos en Tarousino. — Embazado Napoleón por la posición en que se halla, envía al general Lauristón á Kutusoff para procurar que se entre en tratos. — Sutileza de Kutusoff fingiendo recibir bien estas manifestaciones y aceptación de un armisticio tácito.

Acababa de ser cruzado el Niemen el 24 de junio sin oposición alguna por parte de los rusos, y todo auguraba que las cosas que les impidieron resistir en los alrededores de Kowno se lo impedirían igualmente en los demás puntos de la frontera. No dudando que á su izquierda el mariscal Macdonald, encargado de pasar el Niemen cerca de Tilsit, y que á su derecha el príncipe Eugenio, encargado de pasarlo por las inmediaciones de Prenn, hallarían las mismas facilidades, sólo pensaba Napoleón en trasladarse á Wilna para ser dueño de la capital de Lituania y colocarse entre los dos ejércitos enemigos de manera de impedir que se juntaran uno á otro. Sin embargo, antes de abandonar á Kowno y mientras marchaban sobre Wilna sus tropas, quiso proveer á ciertos cuidados que su rara previsión no había jamás desatendido. Siempre le ocupaba ante todo el asegurar su línea de comunicaciones, cuando marchaba adelante, y convenía pensar en esto más que nunca, ahora que se iba á aventurar á tan grandes distancias, por entre países tan arduos y en medio de una caballería enemiga la más molesta del mundo.

Primeramente hizo alzar los puentes echados más arriba de Kowno, volver á colocar las barcas sobre los carromatos y encaminar detrás del mariscal Davout el tren entero. Al infatigable general Eblé encargó que en el mismo Kowno construyera un puente sobre estacas para tener seguro el paso del Niemen en todos tiempos, y al propio tiempo le ordenó que estableciera otro semejante sobre el Wilia á fin de asegurar las comunica-

ciones del ejército en todas direcciones. Abundantes eran los recursos del país en maderas, y respecto de los demás materiales necesarios para el establecimiento de puentes, como herraje, cordaje y herramientas, se debe recordar que proveyó copiosamente al cuerpo de ingenieros de todo.

Inmediatamente después ocupó Napoleón en rodear la ciudad de Kowno de obras de defensa, á fin de que el vasto depósito de cosas que iba á dejar en su recinto se hallara en seguridad perfecta. Seguidamente absorbían su atención sin descanso los hospitales para recibir á los heridos y á los enfermos, las tahonas, los almacenes para depositar provisiones de todas clases, y muy especialmente los bateles á propósito para remontar la corriente del Wilia hasta Wilna, y expidió las órdenes oportunas para que, sólo con un transbordo, los convoyes procedentes de Dantzick por el Vístula, el Frische Haff, el Prégel, el Deime, el canal de Federico y el Niemen, pudieran subir de Kowno á Wilna. Por desgracia el Wilia, menos hondo que el Niemen y además muy tortuoso, hacía el transporte casi tan difícil como por tierra. No se calculaba en menos de veinte días el tiempo indispensable para subir por el Wilia desde Kowno hasta Wilna, y casi era éste el tiempo que se gastaba en ir desde Dantzick hasta Kowno. Sin embargo, Napoleón dispuso que se practicara el ensayo de esta navegación, salvo que se organizaran otros medios de transporte si no salía bien éste.

Mientras se ocupaba en estas atenciones con su acti-

vidad de costumbre, Napoleón puso en marcha sus tropas. Según los informes adquiridos sobre la situación del enemigo, oscuros para otro que no fuera Napoleón, se hallaba el ejército de Barclay de Tolly formando como un semicírculo en torno de Wilna, y se enlazaba por medio de un cordón de cosacos con el del príncipe Bagratión, que estaba mucho más abajo sobre nuestra derecha en las cercanías de Grodno. Véase cómo, por lo que arrojaban estos informes, se encontraba distribuido el ejército de Barclay de Tolly en redor de nosotros y particularmente opuesto á la masa principal de nuestras fuerzas. Se decía que entre Tilsit y Kowno, hacia Rossiena, esto es, sobre nuestra izquierda, estaba el cuerpo de Wittgenstein, que se suponía de veintitantos mil hombres (de veinticuatro mil constaba); que en Wilkomir se hallaba otro, el de Bagowouth, de fuerza más reducida (de diez y nueve mil hombres incluso el cuerpo de caballería de Ouvaroff); que en Wilna estaba acampada la guardia imperial con las reservas (ascendía á veinticuatro mil hombres, agregando la gruesa caballería del general Korff); que enfrente de nosotros y sobre el camino de Wilna, si bien algo más á nuestra derecha, se hallaban desparramadas otras varias tropas, cuyo número era desconocido, aunque no debía ser inferior á los destacamentos ya enumerados. Estas tropas se componían del cuerpo de Tonczkoff, acampado en Nowoi-Troki con cerca de diez y nueve mil hombres; del de Schouvaloff, acampado en Olkeniki con catorce mil, y finalmente del de Doctoroff, establecido en Lida con veinte mil hombres y enlazado por los ocho mil cosacos de Platow al ejército del príncipe Bagratión. Semejante distribución de los ciento treinta mil hombres de Barclay de Tolly no era conocida más que imperfectamente; pero su distribución en semicírculo alrededor de Wilna, en masa más fuerte sobre nuestra izquierda y nuestro frente, algo menos sobre nuestra derecha y enlazándose á Bagratión por medio de los cosacos, se entreveía hártamente á las claras para que Napoleón pudiera ordenar la marcha de su ejército sobre Wilna con bastante conocimiento de las cosas.

A nuestra extrema izquierda el mariscal Macdonald acababa de pasar el Niemen por Tilsit sin dificultad alguna. Once mil polacos y diez y siete mil prusianos tenía, y recibió orden de adelantarse sin precipitación sobre Rossiena, de manera de cubrir la navegación del Niemen y de invadir sucesivamente la Curlandia á medida que los rusos se replegaran sobre el Dwina. Napoleón dirigió el cuerpo del mariscal Oudinot, fuerte de cerca de treinta y seis mil hombres, sobre Janowo, previéndole que pasara el Wilna para trasladarse á Wilkomir. Probable era que este cuerpo encontrara el de Wittgenstein, que debía cruzar á Wilkomir al retirarse sobre Rossiena. Así se le reforzó con una división de coraceros destacada del príncipe Eugenio y perteneciente al tercer cuerpo de caballería de reserva. También quiso llevar más allá del Wilia el cuerpo de Ney, que constaba asimismo de treinta y seis mil hombres, si bien haciéndole pasar este río más á las inmediaciones de Wilna. Marchando Oudinot y Ney paralelamente y muy cerca uno de otro, eran bastante fuertes para hacer cara á cualquiera tropa enemiga y para dar tiempo á que se acudiera en su ayuda, si contra todas las

verosimilitudes, encontraban el grueso del ejército ruso. De consiguiente nada tenían que temer de Wittgenstein ni de Bagowouth, separados ó reunidos, y hasta debían abrumarlos, combinando bien sus esfuerzos.

Tomadas estas precauciones, casi superabundantes, sobre su izquierda, resolvió Napoleón marchar en derecha sobre Wilna con los veinte mil jinetes de Murat, los setenta mil infantes de Davout y los treinta y seis mil soldados experimentados de la guardia. Teniendo así bajo su mano por lo menos ciento veinte mil combatientes, estaba seguro de vencer todas las resistencias y de obstruir la comunicación de Barclay de Tolly y de Bagratión del todo, cortando la línea rusa hacia Wilna.

En cuanto á las tropas enemigas desparramadas sobre su derecha, y que, sin que se supiera exactamente, se hallaban entre Nowoi Troki y Lida y formaban la izquierda de Barclay, no se podía suponer que pasaran de cuarenta mil hombres: ahora bien; el príncipe Eugenio, que hacía sus aprestos para pasar el Niemen por Prenn con ochenta mil soldados, debía dar cuenta de ellas, si, contra el plan evidente de los rusos, tomaban la ofensiva.

Estas disposiciones, ordenadas al día siguiente del paso del Niemen, se iban ejecutando mientras Napoleón, establecido en Kowno, se aplicaba á las atenciones de que acabamos de dar noticia. Personalmente no debía acudir sino cuando sus avanzadas señalaran la presencia del enemigo. Por otra parte, con el valiente Murat en su vanguardia, con el sólido Davout en su cuerpo de batalla, no tenía que temer una mala ventura. Adelantáronse Murat y Davout el 25 hasta Lismori, uno á la cabeza de su caballería, otro á la de su infantería, después de atravesar un país escabroso, donde los hubiera podido detener fácilmente el ejército ruso. Efectivamente, caminaron por la ladera de las enramadas colinas que separan el lecho del Niemen del lecho del Wilia, apretados entre estas colinas y la escarpada orilla del Niemen y sin mucho espacio para desplegarse en caso de ataque. Pernoctaron el 25 en Lismori, país más expedito, siendo allí mucho más abierto el ángulo formado por el Niemen y el Wilia. Al día siguiente 26 fueron á dormir al camino de Jewe, y no hallaron más que cosacos, que á su aproximación se daban á la huida, poniendo fuego á las granjas y haciendas cuando les era posible. Diáfano y puro había continuado el cielo, pero ya las aldeas distaban más unas de otras y escaseaban los recursos. Llevando los soldados del mariscal Davout el pan á su espalda y detrás un rebaño, no carecían de nada, pero se sentían algo cansados de la longitud de las marchas, y dejaban entre los reclutas, sobre todo entre los ilirios y los holandeses, algunos rezagados por el camino. Particularmente los caballos sufrían mucho, y á falta de avena, todas las noches era menester soltarlos por el campo, donde pacían el centeno verde, que les gustaba sin nutrirles. Detrás iba la artillería de reserva, compuesta de las piezas de á doce, y los trenes con víveres y municiones. Ya estaba muy fatigada la caballería de Murat, con la cual guardaba pocos miramientos por desgracia, poniéndola en movimiento desde muy temprano y haciéndola correr á rienda suelta en todas direcciones. El solícito y severo Davout desaprobaba esta imprevisión, y aunque poco comunicativo,

dejaba ver lo que pensaba. Nada adecuado era esto para establecer intimidad entre los dos jefes de nuestra vanguardia, tan desemejantes en espíritus y caracteres.

Llegaron el 27 á Jewe, que no dista más que una jornada larga de Wilna, y á fin de poder entrar en esta ciudad muy temprano al día siguiente, se trasladó Murat á Riconti, tres ó cuatro leguas más allá de Jewe.

No debían hallar la corte del zar ni su ejército en Wilna. Allí del paso del Niemen, comenzado el 24 por la mañana, se tuvo noticia la misma noche, mientras el emperador Alejandro asistía á un baile dado por el general Benningsen.

Esta noticia, llevada por un criado del conde de Romanzoff, produjo grande turbación en los ánimos, y no hizo más que acrecentar la extremada confusión que ya reinaba en el estado mayor ruso. A fin de rodearse de numerosos pareceres, Alejandro había llevado consigo una multitud de personajes, todos de diferente nación, de carácter y de categoría. Independientemente del general Barclay de Tolly, que no daba sus órdenes como general en jefe del ejército sino como ministro de la Guerra, tenía Alejandro cerca de sí al general Benningsen, al gran duque Constantino, al antiguo ministro de la Guerra Arakchejeff, á los ministros de Policía y del Interior MM. de Balachoff y Kotchoubey, al príncipe Volkonski. Este último desempeñaba las funciones de jefe de estado mayor cerca de su persona. A estos rusos, animados la mayor parte de pasiones muy vehementes, se habían agregado una porción de extranjeros, de todas las naciones, huyendo cerca de Alejandro de las persecuciones de Napoleón, ó solamente de su influencia y de su gloria, que detestaban con toda el alma. Entre éstos figuraba un oficial de ingenieros, llamado Michaux, oriundo del Piamonte, con poco golpe de vista militar, aunque inteligente en su arma y considerado por Alejandro; un sueco, el conde de Armfeld, que por los acontecimientos políticos de Suecia se había visto obligado á refugiarse en Rusia, hombre de talento, pero poco estimado; un italiano, Pauluci, sujeto de mucha imaginación y petulancia; muchos alemanes, particularmente el barón de Stein, á quien Napoleón había excluido del ministerio en Prusia, que era en Alemania el ídolo de los enemigos de Francia y que juntaba á una singular mezcla de espíritu liberal y aristocrático un patriotismo ardiente; un oficial de estado mayor, el coronel Volzogen, instruído, inteligente, activo y deseoso de hacer figura; por último un prusiano, más doctor que militar, el general Pfuhl, ejerciendo sobre el espíritu de Alejandro sobrada influencia y detestado de resultas por todos los cortesanos, creyéndose profundo y no siendo más que sistemático, reputado como un genio superior por algunos adeptos, si bien para la mayoría no era más que un espíritu extravagante, absoluto, insociable, incapaz de prestar el menor servicio, é idóneo á lo sumo para dominar por algún tiempo hasta la inquietud meditabunda imaginación de Alejandro.

En el seno de estos prodigadores de consejos, con más talento que ninguno de ellos, si bien menos apto que todos para fijarse en una idea y seguirla con perseverancia, vivía el emperador Alejandro ya hacía muchos meses, cuando el cañón de Napoleón llegó á arrancarle de sus incertidumbres y á obligarle á formar un plan de campaña.

Entre estos diversos personajes no habían cesado de ser vivamente debatidas dos ideas. Los hombres de carácter fogoso, que según costumbre no eran los más ilustrados, querían, no ya que se aguardase á Napoleón, sino que se corriese á su encuentro, lanzándose sobre la Vieja Prusia y la Polonia; que se devastasen estos países, aliados ó cómplices de Francia; que hasta se tratase de sublevar la Alemania, alargándola desde luego la mano, salvo el retirarse de seguida, si era forzoso, después de ensanchar no menos de doscientas leguas el desierto en que se esperaba que Napoleón viniera á abismarse. Los espíritus reposados y juiciosos consideraban peligrosísimo este proyecto, y sustentaban fundamentalmente que ir en busca de Napoleón equivalía á acortarle el camino, á ahorrarle la mayor de las dificultades de esta guerra, la de las distancias, á ofrecerle casi sobre su territorio, al alcance de sus recursos, lo que debía desear más de veras, una batalla da Austerlitz ó de Friedland, batalla que ganarían sin duda alguna, y que, una vez ganada, decidiría la cuestión ó por lo menos asentaría su ascendiente para todo el resto de la guerra. Además decían que en vez de disminuir la dificultad de las distancias, convenía agrandarla retirándose de Napoleón, cediéndole cuanto terreno quisiera invadir, y luego que se le hubiere atraído muy lejos y se le tuviera en las profundidades de la Rusia, exánime de cansancio y de hambre, caerle encima, abrumarle y hacerle tornar medio destruído á la frontera rusa. Este plan ofrecía el inconveniente de entregar al estrago, no ya la Vieja Prusia y la Polonia, sino la misma Rusia. Sin embargo, la casi certidumbre del triunfo era una razón de tanto peso que no permitía que ninguna consideración material se pusiera con ella en balanza.

Esta controversia, empezada en San Petersburgo, no había aún cesado en Wilna, cuando la noticia del paso del Niemen vino á poner fin al baile del general Benningsen. Alejandro tenía el talento sobrado perspicaz para vacilar un momento sobre cuestión semejante. Proporcionar á Napoleón bajo el clima de Rusia la campaña que bajo el clima de la península acababa de tener Massena, era una táctica hartamente indicada para adoptarla: tenía una razón decisiva, y era la razón política. Constantemente aplicado á poner de su parte la opinión de Rusia, de Europa y aun de Francia, á fin de agravar la situación moral de Napoleón á la faz de los pueblos, se había guardado con esmero de aparecer provocador, y por consecuencia de este sistema se había propuesto esperar al enemigo y no ir en su busca. Así lo había anunciado de continuo, y así lo había llevado á cabo, manteniéndose detrás del Niemen, su natural frontera, hasta el punto de no haberla siquiera defendido.

Semejante conducta era muy sencilla y dictada por el buen seso. Pero á la sazón se había querido erigir todo un sistema, y el general Pfuhl, como autor del mismo, era su demostrador cerca del emperador Alejandro, á quien con cierta especie de profundidad se tenía casi la certidumbre de seducir siempre.

En cada época, cuando un hombre superior, inspirándose no de teoría alguna, sino de las circunstancias, ejecuta grandes cosas, vienen en pos los espíritus imitadores y establecen sistemas en lugar de las grandes cosas realizadas por el verdadero genio. En el siglo XVIII todo

el mundo quería hacer el ejercicio al estilo de Federico, y después de la batalla de Leutzen construía sistemas sobre el orden oblicuo, al cual se atribuían todas las victorias del monarca prusiano. A contar desde el año 1800 y las campañas del general Bonaparte, que con tanto arte supo maniobrar sobre las alas y las comunicaciones de los contrarios, no se hablaba más que de coger por la espalda al enemigo. En Austerlitz los consejeros de Alejandro quisieron rebasar á Napoleón, y sabido es lo que vino á costarles. En 1810, un hombre de seso y de tesón, auxiliado por las circunstancias y una rara ventura, acababa de hacer en Portugal una campaña brillante, y ya no se hablaba en Europa más que de obrar á semejanza suya. Retirarse destruyéndolo todo, refugiarse después á un campo inexpugnable, aguardar allí el aniquilamiento de su adversario temerariamente comprometido, y por último, revolver sobre este adversario, acometerle, abrumarle, había venido á ser para ciertos espíritus, desde Torres-Vedras, toda la ciencia de la guerra. De esta ciencia se había constituido maestro supremo el general Pfuhl en medio del estado mayor ruso. A excepción del zar, que se complacía en estas falsas profundidades, este general había fastidiado y ofendido á todos con su dogmatismo, sus pretensiones y su orgullo. Mas Alejandro acogióle como á un recóndito genio, y le encargó que redactara todo el plan de la guerra.

Después de estudiar el general Pfuhl el mapa de Rusia, fijóse en lo que cualquiera descubre á la primera ojeada, en la larga línea transversal del Dwina y del Dnieper, que, agregada una á otra, forman una vasta y magnífica línea de defensa interior del Noroeste al Sudeste. De consiguiente quería que se replegasen allí los ejércitos rusos y estableciesen una especie de Torres-Vedras invencible, é imitasen la conducta de los ejércitos inglés y español en Portugal. Habiendo notado, al estudiar atentamente el mapa de Rusia, un paraje en Drisa junto al Dwina, que le parecía adecuado para el establecimiento de un campo atrincherado, propuso que se construyera, y Alejandro, adoptando este pensamiento, envió al ingeniero Michaux al terreno para trazar y hacer ejecutar las obras. El oficial de estado mayor Volzogen, especie de intérprete del genio misterioso del general Pfuhl, iba y venía para aplicar las ideas de su maestro sobre el terreno. Finalmente, á la creación de este campo de Drisa añadió el general Pfuhl una distribución de las fuerzas más apropiada al sistema que dedujo de las operaciones de lord Wellington en Portugal. De consiguiente pidió dos ejércitos, uno principal y otro secundario, uno junto al Dwina, recibiendo á los franceses de paso, atrayéndolos en su seguimiento y retirándose al campo de Drisa; otro junto al Dnieper, retrocediendo también delante de los franceses, pero destinado á asaltarlos de flanco y por la espalda, cuando se volviera á tomar la ofensiva para anonadarlos. En virtud de este plan se habían formado los dos ejércitos de Barclay de Tolly y de Bagration.

Sin duda era un pensamiento juicioso, al cual debió Alejandro posteriormente grandes resultados, el de emprender la retirada delante de los franceses, atraerlos al corazón de Rusia y todo el mundo lo temía en Europa. Mas ¿por qué un campo atrincherado, y sobre todo, por qué tan cerca de la frontera? Esto es lo que podían

preguntarse todos al simple anuncio del plan del general Pfuhl, que según se ve, se reducía á la imitación sistematizada de la guerra de Portugal. Si lord Wellington había pensado en un campo atrincherado, era porque necesitaba detenerse de pronto, sin lo cual hubiera sido lanzado al Océano. Para los rusos el campo atrincherado era el espacio, sin más límites que el Océano glacial. Y luego situar el punto de alto junto al Dwina, equivalía á querer detener á los franceses al principio de su carrera, cuando aún tenían todos sus bríos y recursos, como lo acreditaron los sucesos, y exponerse á que se tomara por asalto aquel campo. Finalmente, admitiendo que se pudiera operar de una manera provechosa sobre los flancos del enemigo, se corrían grandes peligros dividiendo desde el origen la masa principal de las fuersas rusas, apenas bastante para mantener el campo, y fuera mejor entendido dejar á las tropas que venían de Asia el papel de este ejército de flanco, destinado á acosar á los franceses y aún quizá á cerrarles la retirada.

Esto lo demostraba el simple buen juicio, antes de la lectura de los sucesos. A mayor abundamiento Alejandro se había guardado bien de someter este plan á debate: lo había reservado para sí y para algunos adeptos alemanes, y limitóse á disponer que se ejecutaran los preparativos más importantes. Entretanto se había avanzado, según se ha visto, en dos masas, una apoyada sobre el Dwina, otra sobre el Dnieper; teniendo la primera por punto de dirección á Wilna y la segunda á Minks.

Hasta aquí nada había de censurable, pues natural era que estas dos principales reuniones de los rusos se formasen detrás de los dos ríos. Pero en el estado mayor del zar pensaban los hombres sensatos que muy pronto se iban á reunir los dos ejércitos rusos, y á presentarse luego en una sola masa á los franceses, salvo no ofrecerles batalla, y retirarse á su aproximación, y esperar, antes de caerles encima, á que estuvieran fatigados, desprovistos de víveres y harto hondamente metidos en Rusia para que no pudieran volver atrás. Este era el dictamen con especialidad del general Barclay de Tolly, oficial frío, firme, inteligente, vástago de una familia escocesa establecida en Curlandia, y por causa de este origen, poco grato á los rusos, que conciben odio hacia los extranjeros no bien comienzan á fermentar sus pasiones nacionales. Pero ya hemos dicho que este dictamen no era del gusto de todos. Los hombres fogosos, que detestaban á Francia, y su revolución y su gloria, ora fuesen rusos ó suecos, ó alemanes ó italianos, no querían que se hiciera á los franceses el honor de retroceder delante de ellos, y sustentaban que era forzoso tomar la ofensiva, lanzarse sobre la Prusia y la Alemania, que nada anhelaba más que verse libre. Semejante opinión dominaba especialmente en el cuartel general del príncipe Bagration. Este georgiano de origen, bizarro, con buen golpe de vista sobre el terreno, pero desprovisto de los talentos de un general en jefe, encargado, si se hubiera tomado la ofensiva, de invadir la Polonia, deseaba ir más adelante y abalanzarse á los franceses con furiosa energía. Celoso de Barclay, menospreciando á los militares doctos, favorecía en torno suyo las declamaciones contra los extranjeros que rodeaban á Alejandro, y trabajaban por inspirarle una conducta tímida, según se decía.